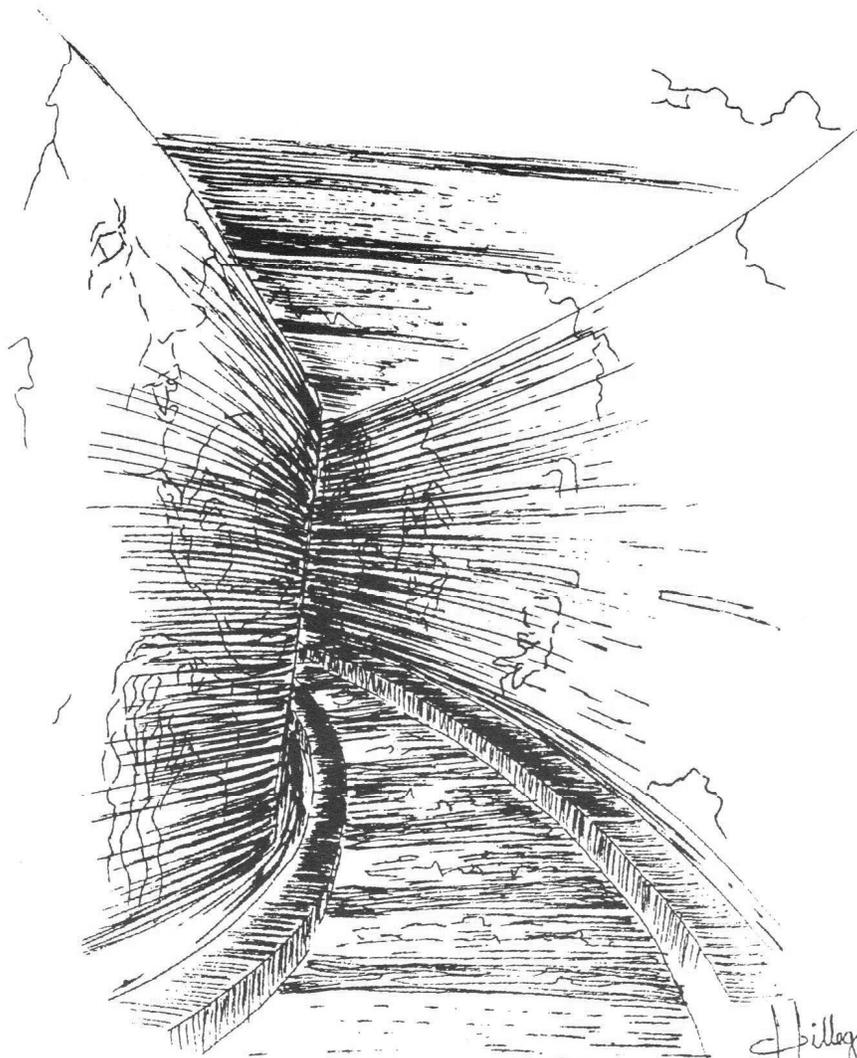


DINTEL

La noche es un túnel aislado

María Cruz Bravo*



*Egresada de la escuela de escritores de la SOGEM.

Mi relación con la ciudad nunca ha sido muy buena, no he podido acostumbrarme a sus caprichos a pesar de que toda mi vida la he pasado aquí. He sentido la necesidad de volver a lugares que en otro momento fueron testigos de mi vida y me he topado con que esos pequeños acontecimientos ya sólo quedan en mi memoria. No hay sitios que hayan registrado mis desdichas ni muros que conserven las huellas de mis manos o algún dibujo de infancia. Todo ha cambiado demasiado rápido.

Siempre me gustó mucho más el Metro. Desde niño viajar en él era una aventura; imaginaba trayectos a través del tiempo o viajes en un mundo de seres subterráneos que nada tenían que ver con los hombres. Con frecuencia pensé que el Metro era un buen lugar para los encuentros. El exterior cambia, pero nos queda la seguridad de una estación, de un andén y un reloj que permanecen en un sitio. Claro que ese bienestar lo sentí antes del incidente. Más tarde tuve que recuperar la confianza.

Por ese entonces pensaba que había encontrado mi lugar en el mundo. Me sentía orgulloso de mí mismo y me figuraba que no volverían las dudas existenciales. La cima de esa dicha llegó la noche que asistí al concierto del teatro Metropolitan. Por primera vez tocaron unidos mis tres grupos favoritos de música oscura. El sueño de ir a un evento a medianoche junto con personas interesadas en el movimiento *dark*, se había cumplido.

A la salida del concierto experimenté una sensación de felicidad; las calles aledañas al teatro se llenaron de muchachos que llevaban atuendos similares al mío: ropas negras, uñas y labios oscuros y los rostros cubiertos con maquillaje que daba una aparente palidez.

La mayoría íbamos solos, pero eso no importaba porque la complicidad se sentía en el aire. Todos los que gustábamos de esa música teníamos apego a las historias de la noche, los héroes nocturnos, los relatos de crímenes, los vampiros, las tinieblas, la muerte. En mis sueños de esa época aparecía el Metro como mejor lugar de reunión para los de mi especie. Fantaseaba con la idea de una fiesta en sus instalaciones; pensaba que asistir al Metro era asistir a la noche. Afuera transcurrían sucesivamente las horas, pero adentro se estaba privado del aire, del sol, de la lluvia y era de noche todo el tiempo.

Con esa suerte de fascinación viajé al lado de los seres oscuros como yo. Hubiera querido fotografiar la escena.

Muy pronto el encanto se fue. De Juárez a Centro Médico mis colegas fueron bajando en silencio y quedé solo.

Fui a sentarme y me quité los lentes. Me sentí relajado y satisfecho. Cerré los ojos y no hice más que oír. Se me figuraba que el tren tenía que luchar con un viento terrible que era capaz de empujarlo de regreso. El sonido se iba haciendo más fuerte y después, cuando iba parando, menos intenso.

Comencé a cabecear, un muchacho al otro lado del vagón me miraba. Su figura se me hizo familiar pero no acerté a reconocerlo. Alzó las cejas en señal de saludo y no le respondí.

Su mirada insistía en quedarse en mi cara. Empecé a sentirme incómodo. ¿Por qué no miraba a otro lado? Su presencia era impertinente. Busqué en los bolsillos mis anteojos, pero tuve miedo de que se aprovechara de mi mala vista y permanecí quieto, mirando borroso.

Pronto se acercó y se mantuvo de pie cerca de la puerta. Sonrió y fue ahí donde reconocí su diente y después a él entero.

¿Cómo podía temerle a Miguel, ese bobalicón? Sus rasgos me llevaron al inicio de mi adolescencia. Habíamos ido juntos un año en la secundaria. Ante mí había hecho mil veces el ridículo. Fue de esos compañeros que no inspiraban sino compasión o desprecio. Mi madre, que estaba siempre enterada de las tragedias del salón, me decía que compartiera con él mis frutas en el recreo o le regalara la ropa que ya no usaba. En ciertos momentos compasivos, le di todo mi *lunch* y unos chalecos tejidos que no me gustaban.

Y ahora lo tenía frente a mí para aplastarlo con mi felicidad. Me quedaban varias estaciones de Metro para conversar con Miguel, así que le hice una seña para que se sentara a mi lado. Se acercó tímidamente y tomó asiento. Su sonrisa era la misma de hace años: entre asquerosa y tierna. Percibí su olor, un fuerte aroma que ninguna loción había podido apagar nunca. Sin duda había crecido, pero conservaba el aspecto aniñado e indefenso. Le pregunté a que se dedicaba y sólo respondió que estaba trabajando, pero no me dijo dónde ni de qué.

Nos quedamos callados, deseé que preguntara algo, quise hablarle de mis estudios, de lo feliz que me había sentido esa noche. Mis ojos buscaron algún anuncio en los muros del vagón, pero no logré ver claramente ninguno.

En la siguiente estación, las puertas se abrieron en vano.

Al ver los ojos de Miguel noté cierto brillo maligno que no concordaba con el resto de su apariencia. Su piel era blancuzca e iba vestido de azul claro. El reflejo de los asientos verdes en su cara le daba un tono enfermizo.

—¿Por qué vienes vestido así? —preguntó con inocencia—.

¿Qué sabía él del movimiento oscuro, de la música y las historias de crímenes?

Él era apenas un pobre diablo que acababa de quitarse el uniforme de *boy scout*.

—Vengo de un concierto de *dark* —respondí— reteniendo toda mi explicación que seguramente no entendería. La luz amarilla caía sobre su rostro dándole un color malsano. Su suéter tejido me repugnó.

—¿Te dije que estoy estudiando comunicación? —pregunté—, y él peló los ojos en señal de asombro.

—Siempre supe que llegarías lejos, mano, lo supe desde que me ayudaste con lo del gato. Tú fuiste el único que me ayudó.

Las puertas volvieron a abrirse en vano. Miramos a la entrada en busca de alguien o un anuncio que nos arrancara de esa insípida conversación. Sus últimas palabras se quedaron en mí. ¿Cuál gato? —pensé—. Su voz se sobrepuso al ruido del Metro.

—En la escuela, el gato muerto.

De repente vi al gato muerto en un charco del patio de la escuela. Las niñas gritando. La revisión que nos hicieron a todos y el cinturón rodeando el cuello del gato.

—Era lo menos que podía hacer —dije titubeante, con el recuerdo esclareciéndose—, nunca he soportado la injusticia, sabía que era incapaz de matar a un mosca.

—Lo hice para asustarlos —dijo mientras se limpiaba la saliva seca—, a los que me molestaban.

No dije nada. Perdí el ruido y sólo pude escuchar mi propio silencio. Intenté traer el recuerdo: ese día todo el salón lo culpó de la muerte del gato, era al único que le faltaba el cinturón. Ninguno de los compañeros dudó en que debía ser castigado y yo fui a la dirección a defenderlo mientras él lloraba en una silla. Mi argumento fue que ni siquiera usaba cinturón porque no tenía. Juré por Dios que él no había sido. Estaba convencido de ello.

De pronto sentí aquel día: mi vigor y la seguridad con que le defendí, y el ridículo se me vino a la cara.

Tuve el impulso de reclamarle, pero no hice nada. Miguel siguió hablando, no le puse aten-

Desvié la mirada hacia el exterior y no vi más que el correr de la pared negra, la noche negra.

ción. El tiempo transcurría despacio. Desvié la mirada hacia el exterior y no vi más que el correr de la pared negra, la noche negra.

En División de Norte las puertas se abrieron. Un ciego entró por la parte trasera del vagón. No habló ni cantó, sólo recorrió el interior haciendo sonar un vaso con monedas. Miguel buscó desesperadamente en sus bolsillos sin encontrar nada, por lo que me vi obligado a regalarle unos pesos al ciego.

—Sigues siendo muy bueno —dijo sonriendo, y le vi aquel mismo diente negro de la adolescencia.

—¿Todavía eres *boy scout*? —pregunté— tratando de reconstruir una conversación para olvidar el incidente del gato.

—¿Te acuerdas que lo maté con el cinturón? preguntó con la insistencia de volver aquel día y hundiéndose en sus pensamientos.

—No —respondí—; y busqué al ciego con la mirada. Iba sentado lejos de nosotros.

Empecé a sentirme incómodo; pero no podía permitir temerle a alguien así.

Miguel interrumpió en mis pensamientos y dijo:

—Me corrieron de los *scouts* porque hice mal uso de la navaja...

Continuó hablando sin que yo pudiera captar su relato, su voz bajaba y se mantenía en murmullo; parecía como si se contara a sí mismo una historia.

—Pero ella se lo buscó —dijo recalcando—.

—¿Quién? —pregunté—.

—La gorda.

Estaba confundido, había captado fragmentos de información. Miguel no hacía pausas, sus palabras se mezclaban con el ruido del Metro y formaban un sonido conjunto, atascado. Siguió platicándome de los *scouts*, pero yo no podía escuchar más. Me refugié en mi propio reflejo y descubrí que mi rostro estaba echo una caricatura.

Tocó los bolsillos de su pantalón. Quería sacar algo. Me enseñó su navaja:

—Mira fue ésta; tengo varias pero fue ésta.

Señalaba su navaja como si estuviera orgulloso de ella. La miró con detenimiento.

—Ésta es la roja, mi favorita, tiene varios usos. Me costó cara porque es buena.

Comenzó a abrirla con ternura, su interés estaba enfocado a la navaja. Me miraba a mí y la miraba a ella, parecía que nos estaba comparando o que trataba de establecer una comunicación entre nosotros.

La fascinación que mostraba su rostro crecía y yo estaba detenido en el tiempo; abandonado, alejado de los ojos del mundo. Busqué apoyo en el ciego, pero iba lejos de nosotros, durmiéndose.

No tenía los recursos para salir de esa situación. Mi maquillaje se había desvanecido y seguramente me queda una palidez natural. Hurgué en mis ropas para encontrar mis lentes y titubeante me los puse. Necesitaba desviar su plática, mi nueva visión me hizo ver con nitidez su piel seca; mis ojos recorrieron de nuevo los anuncios. El primero que vi decía:

Servicios funerarios completos

Incluye:

-Transporte.

-Salas velatorias.

-Fosas o gavetas temporales.

-Cremación.

Todo en el mismo lugar.

¡Único en México!

Quería salir corriendo, pero el túnel era interminable. El aroma de Miguel tenía sofocado al vagón, la luz había adquirido el color verde de su rostro.

Miró al ciego y comentó:

—Va dormido.

Las puertas se abrieron en Quevedo; sin despedirme salí corriendo. No miré hacia atrás; tomé las escaleras eléctricas y estuve en la calle de inmediato, liberado.

A la mañana siguiente me sentí mejor. Tomé el desayuno al lado de mi madre a quien nunca le conté nada. Miré en el periódico. En la sección de nota roja leí que habían encontrado a un ciego muerto en un vagón de la estación terminal. Era una nota pequeña; no se supo quién había sido el criminal y nadie reclamó el cadáver e

